

## **CALLE SAN ANTONIO (Ex Calle de San Antonio)**

EL CALLEJON que atravesaba la ciudad al oriente de la Plaza Real, desde el Mapocho a la Cañada de San Francisco, estaba deshabitado. En ninguna de sus aceras se veía casa ni covachuela de madera y paja. Sólo en una de sus esquinas se levantaba una portada de dos aguas que indicaba la hidalguía de su dueño. Pertenecía a un anciano y tullido caballero llamado don Francisco de Pastene, que había llegado a desempeñar los más altos puestos del reino por su talento y virtud. Era uno de los hombres cabales de este apartado florón. No solamente sus conocimientos como licenciado en cánones le habían granjeado el respeto del vecindario, sino su valor mismo como soldado defensor de la fe católica.

Desempeñaba el cargo de provisor, cuando llegaron noticias de Valparaíso de que habían arribado a las costas de Quintero tres bergantines ingleses al mando del corsario Tomás Cavendish. Como a la sazón el Gobernador, don Alonso de Sotomayor, estaba ausente de Santiago batallando con los bárbaros, don Francisco de Pastene, con celo del servicio de Dios y de S. M., llamó y juntó a cuarenta clérigos con sus armas y caballos. Salió con ellos en dirección de Quillota, y se halló en el rebato y recuento que puso en fuga a una partida de arcabuseros que el corsario Cavendish había hecho desembarcar con el fin de explorar el valle.

Si no fuera por la ligereza con que se acogieron a un peñón que estaba metido en el agua –cuenta Mariño de Lobera- y donde no alcanzaron a llegar los nuestros por los muchos tiros que disparaban sus navíos, no hubiera quedado hombre con vida.

Esto pasaba el 30 de marzo de 1587.

El primitivo callejón – trazado a cordel por el alarife Gamboa – tuvo en el año 1630, después de la muerte del benemérito viejo defensor de la ley evangélica, su primer bautizo de pila y se conservó hasta las postrimerías del siglo XVII con el nombre del “Licenciado Pastene”.

El nombre actual, de San Antonio, nace con el trajín de beatas y solteronas. El callejón era el mismo del siglo pasado y estaba cercado con tapias desmoronadas por los años y las lluvias. El progreso se veía en la esquina de la Merced y de las Monjitas, donde se alzaban enormes pilares de ángulo y algunos balcones volados. Cerca de la Cañada asomábanse pintoresco tejados con su mediagua, pero, ya en marcha por la calle, abundaban los basurales y letrinas. En su largo tránsito, el caminante tropezaba con los desperdicios que tiraban los vecinos de los solares, viéndose diseminados perros, gatos y otros animales muertos, que nadie se encargaba de recoger. Una mañana apareció un burro con una pata quebrada, tendido en el crucero que formaba con la calle de Santo Domingo. El pollino se acomodó en el cieno, acosado por la fiebre, y los muchachos de las inmediaciones le daban de comer y de beber; pero, al cabo de algunos días, murió y sus restos se extinguieron sin que ningún buen vecino se tomara el trabajo de hacerlo arrastrar al río.

¡Cómo sería el basural de esta calle – refiere Zapiola en sus Recuerdos de Treinta Años - , que un día que pasaba por allí vio, medio enterrados, dos trozos de madera labrada. Tomó sus extremos y, al levantarlos, descubrió que era una escalera, de cuatro o cinco

metros de largo, oculta de esa forma por los ladrones para servirse de ella en sus correrías nocturnas!

La calle de San Antonio era también teatro de las pedreras de chimberos y santiaguinos. La cuadra comprendida entre la de las Monjitas y de Santo Domingo no tenía una sola vivienda, pues daban allí frente los tapiales de las casas grandes. En el lado oriente se veían una o dos ventanas de la casa de don Antonio Sol, que perteneció después a don Nicolás Larraín y Aguirre, y en el resto de la cuadra sucedía otro tanto con la casa de las señoras Guzmán; el lado poniente lo ocupaba, en toda su extensión, la pared del convento de las monjitas de la Victoria.

La guerra de piedras infundía tal temor a los transeúntes de ambas calles, que, para pasar a la cuadra siguiente, tenían que esperar el momento en que había calmado la lluvia de pedruscos, y aún así, a todo correr, sin que esta precaución los librara muchas veces de un terronazo.

El nombre de "San Antonio" evoca una visión lejana del santo. La inquieta dama que había pasado de los veinte años pedíale un buen marido, y, para que le cumpliera la manda, se valía de numerosas artimañas con que castigaba al santo hasta el momento del milagro. Ya le separaba del Niño Dios que tenía en sus brazos, como escondía su imagen en una cueva de ratones; ya llevaba su medallita colgada en la garganta de arriba para abajo o doblada su estampita, de manera que no viese al Santo Niño. La imagen de San Antonio constituía la esperanza bien hallada de muchas santiaguinas que, al obtener lo pedido, festejábanlo con luces de cera y líos de flores. De ahí que cuando el transeúnte pasaba por el antiguo callejón del Licenciado Pastene y miraba hacia la Cañada, no era raro que divisase la boca luminosa del portón del templo de San Francisco que da a esta calle, y que enfrentaba también al altar de San Antonio, en el fondo de la tercera nave de dicha iglesia. La visión era nítida para todas las dulces devotas del santo: el altar cobraba a la distancia mística de su mágico retablo; por allí pasaban mujeres de diferentes edades con el solo pretexto de divisarlo y reavivar el deseo íntimo. Era una legión de feligreses la que transitaba por la calle en dirección del templo franciscano, embarrando muchas veces sus sayas de seda para hacerse más gratas a los ojos del santo.

Las devotas, de esta manera, fueron haciendo partícipe a la calle de sus esperanzas casamenteras, y de aquí que un día la unieran a su devoción con el nombre de San Antonio.

**Fuente:**

**Libro "Santiago Calles Viejas" de Sady Zañartu**